



David Pearce
Profesor de economía ambiental
University College, Londres



El crecimiento y el medio ambiente: ¿objetivos compatibles?

Pese a una reacción hostil y sostenida, principalmente de parte de los economistas, el “gran tema” de los primeros debates sobre el medio ambiente de principios del decenio de 1970 se resiste a desaparecer. Siguen apareciendo gran cantidad de artículos y libros que nos dicen que no podemos aspirar al mismo tiempo al crecimiento económico y la calidad ambiental. La elección de uno de estos objetivos implicará el sacrificio de la alternativa; pero las sociedades deben elegir. Según esta opinión, la decisión en favor del crecimiento será insostenible a la larga debido al agotamiento de los recursos naturales o de la capacidad de asimilación de desechos del medio ambiente, o de ambas cosas.

Los críticos del crecimiento siguen opinando que el desarrollo sostenible implica abandonar el objetivo de crecimiento. El argumento básico de esta opinión es sencillo. Si el coeficiente uso de materiales-energía representa una proporción fija del producto nacional bruto (PNB), el crecimiento de este último requerirá el uso de más materiales y más energía. La Primera Ley de la Termodinámica indica que estas corrientes de energía y materiales no se pueden destruir. En definitiva, deberán reaparecer en forma de emisiones y residuos sólidos. Si la capacidad del medio ambiente para asimilar estas corrientes es, en sí misma y en términos generales, una magnitud fija, el medio ambiente debe degradarse. Casi el mismo argumento se aplica a las reservas fijas de recursos naturales. Esta es la lógica del modelo del “equilibrio de los materiales” o de “la astronave Tierra”, a cuyo amparo se criaron los economistas ambientales de mi edad. Cabe preguntarse, sin embargo, qué validez tiene este modelo.

Esta postura tiene varios puntos débiles que saltan a la vista. En primer lugar, no hay motivos para suponer proporciones fijas de materiales y energía en relación con el PNB. Segundo, no todos los desechos tienen que ser absorbidos por el medio ambiente. Tercero, aunque la mayor parte del desarrollo económico de los últimos 500 años se ha basado en recursos ago-

tables, existe la capacidad de sustituir esos recursos por otros renovables.

Consideremos primero el argumento de las proporciones fijas. El historial de las naciones avanzadas refleja una reducción del uso de materiales y energía en relación con el PNB. La eficiencia energética mundial, por ejemplo, ha venido mejorando a razón de poco más del 1% por año. Gran parte de esta mejora se debe a los cambios tecnológicos. Los recursos se extraen y se usan de manera más eficiente. El resultado es una “curva ambiental de Kuznets” a lo largo del tiempo que muestra un aumento del coeficiente energía/PNB en las primeras etapas del desarrollo y una declinación posteriormente. La mayoría de los países en desarrollo se encuentran en la parte de aumento de la curva y las naciones ricas, en la parte en declinación. Un aspecto importante es que pocos de estos cambios han sido inducidos por políticas explícitas de conservación de energía y materiales. Con todo, la experiencia de las oscilaciones de los precios del petróleo desde el decenio de 1970 indica que las naciones pueden ser inducidas a lograr una mayor eficiencia energética por el aumento real de los precios de la energía. La combinación de cambios tecnológicos “autónomos” e inducidos por las políticas, por lo tanto, plantea la posibilidad de que las mejoras en la eficiencia superen los efectos combinados de los cambios demográficos y el crecimiento económico. Por supuesto, aun si esto fuera cierto, la corriente de energía y el uso de materiales siguen siendo cantidades positivas. Si la cantidad de recursos es fija, el agotamiento se aplaza, pero no se elimina. Los optimistas apuntan al hecho de que las reservas mundiales de muchos materiales y combustibles fósiles son ahora mayores de lo que eran hace 30 años. Es incontrovertible que, a la larga, la dependencia de una cantidad fija de recursos será insostenible. Pero “a la larga” puede significar cientos, si no miles, de años a partir de ahora, lo que lleva a formular la pregunta de cuántos años en el futuro debemos prever.

El segundo motivo de optimismo es que el reciclaje y la reutilización de materiales pueden prevenir su descarga en ambientes receptores. Naciones como Alemania reciclan el 70% del consumo de papel y cartón y el 83% del vidrio. Gran parte de este reciclaje está inducido por las políticas, y cabe prever que estas tasas aumentarán en el futuro en Europa debido a la promulgación de estrictos requisitos reglamentarios sobre eliminación de envases. Además, la tendencia a lo largo del tiempo es ascendente para la mayoría de las naciones. También en este caso, hay que tomar las buenas noticias con cautela. Los materiales se puedan reciclar, pero la energía no.

El tercer factor que pone en tela de juicio la opinión pesimista sobre el crecimiento y el medio ambiente es la capacidad del mundo para pasar a la utilización de recursos renovables. En lo que se refiere a la energía, los recursos renovables satisfacen ya entre un 15% y un 20% de la demanda mundial de energía, pero esta fracción está dominada por: a) fuentes de energía tradicionales como la leña y b) la energía hidroeléctrica. Una mayoría considera que el proceso de desarrollo da lugar a una disminución del uso de la leña —por motivos de salud y am-

bientales— mientras que las grandes plantas hidroeléctricas siguen siendo controvertidas. Las fuentes de energía renovables denominadas “benignas” —eólica, de biomasas modernas, geotérmica y de pequeñas plantas hidroeléctricas— satisfacen apenas un 2% de la demanda mundial de energía. No obstante, esta contribución aumentará cuando se proporcionen más incentivos económicos para la introducción de fuentes de energía renovables.

También en este caso el optimismo debe ser cauteloso. El mundo depende desde hace mucho tiempo de recursos renovables como la pesca y la silvicultura. El historial en el primero de estos casos es notoriamente negativo, ya que la pesca mundial continúa al mismo ritmo pese al colapso de importantes especies y la mayor parte de las pesquerías se explotan hasta alcanzar o sobrepasar sus límites ecológicos. Muchos sostienen que toda la retórica sobre los bosques y su importancia ha hecho poco por desacelerar las tasas de deforestación.

Es evidente que debe volver a examinarse la noción simplista de que el crecimiento económico lleva inevitablemente a una degeneración del medio ambiente natural, pero no es lógico pasar al otro extremo y declarar que el crecimiento y el medio ambiente son necesariamente compatibles. Este es, por cierto, el mensaje que algunos derivaron de los primeros estudios de la curva ambiental de Kuznets; a la larga, el crecimiento generará tanto los recursos como los cambios de actitudes que darán lugar a la mejora del medio ambiente. Este es un mensaje políticamente engañoso, que constituyó la parte menos convincente de la visión del desarrollo sostenible de la Comisión Brundtland, según la cual el mundo podría lograr el crecimiento, la calidad ambiental y la equidad social. No hay duda de que este mensaje es atractivo, ya que evita hacer frente a la realidad política: hay soluciones de compromiso que son y serán necesarias.

Los argumentos del pasado son demasiado familiares. Curiosamente, se ha prestado bastante menos atención a lo que sucedería si se decidiera adoptar una política de “crecimiento cero”. Sin embargo, las probables características de esa política deben formar parte de la ecuación: es posible que un mundo sin crecimiento sea, en sí mismo, indeseable.

En primer lugar, muchas economías han pasado por períodos de crecimiento cero o hasta negativo del PNB. De los 148 países incluidos en *World Development Indicators* (Indicadores del desarrollo mundial), 28 de hecho registraron un crecimiento negativo del PNB en el decenio de 1990. Es difícil argumentar que estas economías tuvieron niveles de bienestar superiores a los del resto. Tras un examen, tampoco se podrá argumentar que sus perfiles ambientales están mejorando.

Segundo, el crecimiento a largo plazo puede no ser propicio para la adopción de medidas de política que sean razonables en sí mismas. El problema reside en que el crecimiento no es sólo el resultado del afán adquisitivo de la humanidad, precisamente el motivo que los que se oponen al crecimiento de-

sean contrarrestar. En muchos aspectos, el crecimiento está determinado por cosas “buenas”. Si el crecimiento se debe en gran parte al ritmo del cambio tecnológico y a la formación de capital humano, el logro del crecimiento cero parecería requerir más, y no menos, de estos determinantes. Con todo, la tecnología, la educación y las aptitudes serán para muchos “buenas” en sí mismas. El abandono de estos factores en aras de la calidad del medio ambiente no parece tener mucho sentido. Además, la desaceleración del cambio tecnológico perjudicaría la eficiencia del uso de los recursos, ya que las nuevas tecnologías son por lo general más eficientes. Pero la eficiencia del uso de los recursos conduce a mejoras del medio ambiente. Por lo tanto, la desaceleración del cambio tecnológico podría perjudicar al medio ambiente. Por último, si la finalidad de las políticas de crecimiento cero es reducir el consumo, quizá estimulando el ahorro y la inversión, esas políticas simplemente intercambiarán el crecimiento actual por el crecimiento futuro.

Tercero, la política de crecimiento cero no puede ser unilateral. Se necesitaría una acción internacional concertada, cuyas perspectivas parecen, en el mejor de los casos, remotas. Por otro lado, algunos podrían sostener que la continuación del avance lento de la liberalización del comercio ha hecho que el mundo, en cierto sentido, ya haya optado por desacelerar el proceso de crecimiento en favor de intereses especiales, como la industria y la agricultura subvencionadas.

Cuarto, parte de la presión política a favor del crecimiento cero dimana lógicamente de las observaciones sobre el alto nivel de consumo de recursos naturales per cápita de los países ricos. En este sentido, los ricos están consumiendo más de lo que parece ser una “parte equitativa” del patrimonio natural del mundo. En este caso, los argumentos pasan del crecimiento cero a un crecimiento reorientado, en el que la balanza se inclina más en favor de los pobres. El motivo es racional pero el análisis es erróneo. Si los ricos reducen el consumo de recursos, estos no quedarán por arte de magia a disposición de los pobres. Además, los ricos consumen más precisamente porque son ricos, y el aumento de la riqueza es lo que las personas de buenas intenciones quieren para los pobres. Por último, los ricos son más eficientes en el uso de los recursos por dólar de PNB. El objetivo debe ser lograr que los pobres se enriquezcan y velar por la mejora del medio ambiente y la eficiencia de los recursos en el mundo. Esto no se logrará con algún tipo de sacrificio del crecimiento por parte de los ricos.

Si el abandono del crecimiento no es inevitable en razón de los límites del crecimiento, ni políticamente viable, la conclusión parece ser que debemos continuar abocados al crecimiento teniendo en cuenta lo más posible la necesidad de conservar lo que queda del entorno y los recursos naturales del mundo. No debe creerse que este es un camino de desarrollo más fácil que hacer de cuenta que no hay necesidad de soluciones de compromiso. El debate sobre crecimiento y desarrollo continuará indefinidamente. Si sigue de manera adecuada, todavía puede llegar a ser productivo.